

sus mulos doscientos cuarenta y cinco; sus camellos cuatrocientos treinta y cinco, y sus asnos seis mil setecientos y veinte.

Entrada en Jerusalem y ofrendas de los principes y cabezas de familias.

Entraron en Jerusalem, que no era otra cosa que montes de ruinas, y llegando al lugar donde en otro tiempo había estado la casa de Dios, solo hallaron los escombros de aquel magnífico templo, que publicaban por obstante su magnificencia, y aquí derramaron torrentes de lágrimas que solo pudo contener la esperanza de volver á verle edificado. Para esto hizo desde luego cada uno de los principes y cabezas de familias grandes sacrificios. Ofrecieron cuanto les fué posible, y subieron las ofrendas á sesenta y un mil sueldos de oro (un millon seiscientos ochenta y dos mil ochocientos ochenta y dos reales), cinco mil minas de plata (dos millones ciento ochenta y ocho mil doscientos cincuenta y ocho reales), y cien vestidos sacerdotales, que completarian á lo menos el valor de cuatro millones.

Vuelta á sus ciudades y pueblos.

Despues de unas ofrendas tan cuantiosas, inspiradas por la religion, las familias y parentelas se formaron en compañías para ir cada una á sus antiguas ciudades y pueblos, y entrar en la posesion de sus casas y tierras; pero en la ausencia de setenta años, todo habia cambiado. Pueblos enteros y aun ciudades estaban enteramente arruinadas, grandes terrenos incultos y eriales, y las ciudades y pueblos que subsistian y las tierras que estaban cultivadas tenian por dueños á aquellos extranjeros que Teglafalasar y otros reyes habian enviado á la



Samaria; que se habian extendido á la Judea, y que, á título de conservadores y poseedores pacíficos de tantos años, se juzgaban con un derecho indisputable á conservarlas en su poder, y sobre todo á título de la ley del mas fuerte que estaba á su favor; porque esta vez no trajeron los Israelitas, ni armas, ni ejércitos, como al conquistar esta misma tierra en tiempo de Moises y Josué. Tuvieron, pues, necesidad de acomodarse con lo que quisieron cederles, cultivar los eriales y vivir en cabañas ó tiendas hasta que el tiempo fué proporcionándoles la reedificación de los pueblos y ciudades arruinadas y la cultura de las tierras desamparadas.

Pobladores de Jerusalem.

Por lo que tocaba á Jerusalem, que se hallaba enteramente arruinada, se fijaron en ella Josué, sumo sacerdote, con su parentela y gran número de familias sacerdotales, y Zorobabel, príncipe del pueblo, con la numerosa descendencia de la familia real de David, de la que él era cabeza. Levantaron entre las ruinas habitaciones para ponerse á cubierto de las estaciones, y luego se entregaron, con todo el afán que les inspiraba su celo, á descombrar el parvis ó centro del recinto del templo, para erigir el altar de los holocaustos en él, y poder ofrecer otra vez sacrificios y víctimas al Dios de Israel.

Ereccion del altar de los holocaustos, sacrificios y solemnidades.

Limpio de ruinas el parvis, emprendieron la ereccion del altar, no sin gran contradiccion de los pueblos vecinos, que miraban en la reedificacion del templo y de Jerusalem un fuerte que les dominaria en adelante. Á

pesar del miedo que procuraban infundirles, Zorobabel y sus celosos compañeros lograron erigir el altar, y se halló concluido el día primero del mes sétimo. Era este el día señalado para la fiesta de las trompetas y se hallaron en Jerusalem de todas las ciudades, como si fueran un solo hombre. Con esta solemnidad principiaron á ofrecerse al Señor los holocaustos, los sacrificios de mañana y tarde, el sacrificio perpétuo del primer día del mes, y los demás sacrificios de las fiestas consagradas al Señor, á mas de las víctimas y ofrendas que en los otros días ofrecían los particulares. El día diez se celebró la fiesta anual de la expiación, y el quince la de los tabernáculos, todo con la solemnidad que permitían las angustiosas circunstancias en que se hallaban; pero con un corazón acaso mas religioso que nunca.

Se emprende la reedificación del templo.

Gran consuelo causaron á los hijos de Israel estos primeros espectáculos de su augusta religion; solemnidades que la mayor parte nunca habian visto, porque habian nacido en el destierro, y que los demás no habian presenciado en setenta años; mas por grande que fuese este consuelo, siempre estaba mezclado del desconsuelo de ver por todas partes las ruinas de su amado templo. Enfervorizados los hijos de Israel con estas santas solemnidades, se animaron mutuamente y desde este día resolvieron la reedificación del templo del Señor, sin que les detuviese el temor de sus enemigos. Dieron dinero á los canteros para que preparasen la piedra y á los albañiles para que abriesen los cimientos, y pan, vino y aceite á los Sidonios y Tirios para que llevasen al puerto de Jope madera de cedro del monte Libano, segun lo habia mandado el gran Ciro su bienhechor. El año segundo de la venida del cautiverio, el mes segundo, Zorobabel hijo de Salaciel, Josué hijo de Josedec, los

sacerdotes y levitas, y todos lo que habian venido del cautiverio y fijado su morada en Jerusalem, dieron principio á la reedificación del templo del Señor. Pusieron desde luego levitas de veinte años y arriba para que activasen la obra del Señor; y el mismo Josué, sus hijos y hermanos, y los hijos de Judá instaban sin cesar á los que trabajaban para que adelantasen la obra del templo de Dios. No habian podido principiarla, por mas que lo procuraron, hasta el segundo mes del año segundo, porque era preciso tiempo para juntar materiales, traer maderas de cedro del monte Libano, embarcarlas por el mar, y juntar número suficiente de operarios para una obra que pedia tantas manos; pero luego que la principiaron fué tal la diligencia, que al cabo de pocas semanas tuvieron el consuelo de ver echados los cimientos del templo del Señor.

Se celebra la conclusion de los cimientos.

Entonces se reunió en Jerusalem todo Israel á celebrar la fundacion del nuevo templo. Los sacerdotes se presentaron con sus vestiduras sagradas y sus trompetas, y los levitas, descendientes de Asaf, con sus instrumentos músicos para alabar al Señor con los Salmos de David, rey de Israel; y comenzaron á entonar himnos al Señor cantando este hermosísimo verso: *Porque es bueno (el Señor), porque es eterna su misericordia sobre Israel*; y todo el pueblo daba grandes voces, alabando al Señor, porque se habian echado los cimientos del templo, y repitiendo con los sacerdotes y los levitas: *Porque es bueno (el Señor), porque es eterna su misericordia sobre Israel*. Al mismo tiempo los cabezas de familias y los ancianos, que habian conocido el primer templo, cuando vieron los cimientos de este segundo, lloraban reciamente, ó porque no prometian aquella grandeza que ellos habian visto en el primero, ó porque les

recordaban la causa de que el Señor hubiese abandonado aquel augusto templo, primera maravilla del mundo, y hubiese sido reducido á ruinas y cenizas. Así era que un mismo pueblo y á un mismo tiempo lloraba y reía, y sus lágrimas de gozo y de pena corrían mezcladas, formando sus voces de alegría y de llanto un confuso ruido que se oía á lo léjos, dice el texto sagrado; mas como todos estos clamores y lágrimas, aunque originados de tan distintos motivos, tenían por fundamento y principio la piedad, el arrepentimiento y la religion, todos eran agradables á Dios, y contan justos y religiosos, como diversos sentimientos, se concluyó la solemne dedicacion de los cimientos del templo del Señor.

Continua la obra del templo.

Retirado el pueblo á sus arruinadas ciudades y á sus pobres aldeas y reducidas cabañas, los operarios y sus sobrestantes continuaron la edificacion del templo con la misma actividad y el mismo celo. Pocas veces las obras que emprenden los hombres á honra y gloria de Dios, dejan de ser probadas en el crisol de la contradiccion para que se presenten puras á sus divinos ojos y sean agradables á su corazon; y esto es lo que va á verificarse en la gloriosa obra de la reedificacion del templo del Señor. Aquellos mismos enemigos que poseen las ciudades y las tierras de los hijos de Israel son los que van á empeñarse en impedir la edificacion del templo y los que les darán demasiado que sufrir antes que le vean concluido, y mucho mas cuando emprendan la reedificacion de Jerusalem. Como habrá que hablar muchas veces de ellos, conviene dar aquí una idea, ó mas bien recordar su procedencia y calidades.

Enemigos que procuran impedirla.

Habia á la sazón en Samaria, en la Judea, y en los países vecinos, dos clases de extranjeros que habian sido trasportados allí de diversas tierras, en distintos tiempos y por varios emperadores. Los mas antiguos eran los Asirios que Teglafalasar, Salmanasar y Asaradon enviaron á poblar el reino de Israel en lugar de los Israelitas que se llevaron cautivos, cuando tomaron y destruyeron este reino. Los demás eran Babilonios, Lusianos, Elemaidos y otras naciones que Nabucodonor hizo pasar al reino de Judá cuando tomó á Jerusalem y completó la cautividad. Todas estas colonias extranjeras, aunque no eran de unos mismos países, ni hablaban unos mismos idiomas, ni tenían unas mismas costumbres, ni adoraban unos mismos dioses, en tratándose de Israelitas y Judíos, antiguos moradores de la tierra en que habitaban, y mas si tocaba al verdadero Dios, que adoraba Israel y Judá, y que excluía de la clase de dioses á todos los suyos, entonces todos eran unos y todos enemigos. La proteccion que el gran Ciro dispensaba á estos hijos de Jacob, les ponía en respeto, y su mismo interés exigía que les permitiesen reedificar las ciudades y pueblos destruidos y abandonados y cultivar las tierras incultas por falta de manos; pero no podían sufrir que se tratase de la reedificacion del antiguo templo y la antigua ciudad de Jerusalem; porque preveían que estas dos fortalezas les darian una superioridad, que les haría dueños de un país, del que á la verdad eran los legítimos.

Ya vimos que cuando erigieron el altar, procuraron amedrentarlos para impedir este primer paso; ahora que han echado los cimientos del templo, no pudiendo oponerse abiertamente á su reedificacion, porque estaba mandado por su mismo monarca, trataron de entropecerla, aparentando que la deseaban. Los enemigos de Judá y Benjamin, dice el sagrado texto, oyeron que los hijos de

la cautividad edificaban el templo al Señor Dios de Israel, y acercándose á Zorobabel y á los cabezas de familias, les dijeron : Edificarémos con vosotros ; pero Zorobabel y Josué, y los cabezas de familias contestaron : No nos conviene edificar con vosotros (que adorais dioses falsos) la casa á nuestro Dios. Solo la edificarémos, como lo ha mandado el gran Ciro, rey de los Persas ; y luego se descubrió su intencion, porque no habiendo logrado tener parte en la obra para impedir la de un modo oculto, principiaron á impedir la descubiertamente. Su empeño era detenerla mientras durase el reinado de Ciro, para destruirla despues de su muerte. Ganaron con dinero á los oficiales del rey, encargados de contribuir con las cosas necesarias, y estos principiaron á dificultar la entrega y á disminuir y atrasar el pago de los operarios.

Muerte de Ciro.

El gran Ciro, cuya sola presencia habria contenido en su deber á estos infieles ministros, se hallaba ausente, y empeñado en la guerra con los Magasetas, en cuya guerra murió ; y esto era lo que esperaban los enemigos de Israel. Le sucedió su hijo Cambises ; pero fué únicamente en el imperio de Media, con el que nada tenían los Israelitas. En el de Persia y Babilonia sucedieron segun los tratados, dos hijos del segundo Astiages, uno despues de otro. El mayor llamado Asuero, como su bisabuelo el marido de Ester, fué el primero que ocupó el trono de Persia, del que pendia Babilonia, y luego en el principio mismo de su reinado, le escribieron estos enemigos una carta contra los nuevos moradores de Judá y Jerusalem. El historiador sagrado no nos dice ni el contenido de la carta, ni si fué contestada por Asuero, que murió á los tres años ; en cuyo tiempo continuó la obra del templo, aunque pausadamente y venciendo las dificultades que oponian sus enemigos.

Cartas al rey Artaxerxes contra los Judios.

Sucedió al rey Asuero su hermano Artaxerxes, y sea porque los enemigos advirtiesen en el nuevo monarca alguna oposicion al pueblo judío, sea porque tuviesen de su parte la corte, ellos lograron que los gobernadores régios, Beselan, Mitridates, Tabel y los de su consejo escribiesen al rey una carta de acusacion contra los Judios ; y que Reum presidente, y Samai secretario, y los demás de su consejo escribiesen otra contra las obras de Jerusalem en nombre de las naciones trasportadas á Samaria y Judea, y de esta nos ha quedado una copia y tambien de la contestacion que dió el rey, y que en compendio son las siguientes :

Al rey Artaxerxes, sus siervos, los hombres que estan á la otra parte del rio (Eufrates) salud. Sea notorio al rey que los Judios que subieron de tu imperio á nosotros, vinieron á Jerusalem, ciudad rebelde y pésima, la que estan edificando, levantando sus muros y reparando sus paredes. Ahora, pues, sepa el rey : que si aquella ciudad fuese reedificada y reparados sus muros, no pagarán tributos, ni alcabalas, ni rentas anuales, y este perjuicio llegará hasta los reyes. Haz reconocer los libros de las historias de tus padres, y en sus comentarios lo hallarás escrito, y sabrás que aquella ciudad es rebelde y nociva á los reyes y á las provincias, y que de tiempos antiguos se fraguan en ella las guerras, por cuya causa ha sido destruida ; y en fin hacemos saber al rey : que si aquella ciudad fuese reedificada, no le quedará posesion de la otra parte del rio ; y el rey contestó :

Contestacion del monarca.

La acusacion que nos habeis enviado, se ha leído públicamente en mi presencia, y de mi orden se han reco-

nocido las memorias, y se ha encontrado que esa ciudad ya de tiempos antiguos se rebela contra los reyes y se fraguan en ella sediciones y guerras, y que hubo en Jerusalem reyes muy fuertes, que fueron dueños de todo el territorio que está á la otra parte del río, y que cobraban tributos, alcabalas y rentas. Ahora, pues, oid mi sentencia. Prohibid á aquellos hombres que edifiquen esa ciudad hasta tanto que acaso yo mandare otra cosa: cuidad de no ser negligentes en cumplir esto, y que el mal no vaya poco á poco creciendo contra los reyes.

Cesa la obra del templo por la cobardía del pueblo.

Esta orden causó gran contento á los enemigos del pueblo de Dios, y luego pasaron con ella á Jerusalem; la hicieron saber á los Judíos, y á mano armada les obligaron á cesar en la obra; y entonces se interrumpió la edificación de la casa del Señor hasta el año segundo del reinado de Darío, rey de los Medos y yerno de Ciro. La desgracia del pueblo en esta ocasion no consistió tanto en la violencia de la persecucion como en su desaliento. Ellos tenian libre el camino de la representacion. La carta de sus enemigos contenia imposturas muy fáciles de deshacer, y el decreto del rey dejaba franca la puerta á la reclamacion. Por otra parte, ni sus enemigos hablaron una sola palabra contra las obras del templo, ni el decreto del rey hizo mencion de ellas, ni el de Ciro, acerca de edificar el templo, se habia revocado, y por último, si la orden del rey Artaxerxes les prohibia levantar los muros de Jerusalem, el decreto de Ciro les ordenaba la reedificacion de su templo y les sostenia en esta obra; pero no pocas veces se encuentran entre los que hacen profesion de servir al Dios verdadero, hombres de saber y de mucha política, que deslumbran á la muchedumbre con una prudencia terrena y cobarde. Es necesario, dicen, no exasperar los ánimos, no precipitar las resolucio-

nes, no perderlo todo por quererlo todo; es preciso dejar que pase la borrasca, esperar tiempos bonancibles... Estas máximas, tan acomodadas á nuestra conveniencia y pereza, alguna vez podrán convenir; pero generalmente son los enemigos del verdadero celo. Sin embargo ellas prevalecieron en esta ocasion, y por mas que Josué, Zorobabel, Estras, Nehemías y otros hombres fervorosos animaban y exhortaban á la continuacion de la obra, nada consiguieron; el celo tibio miró como imprudente al celo fervoroso, y la cobardía y desidia del pueblo prevaleció contra el fervor de estos grandes hombres. Se formó por la multitud una conciencia de prudencia blanda y especiosa, una conciencia de conveniencia é interés, y ya la obra de Dios se remitió á la oscuridad é incertidumbre de los tiempos futuros.

Dios castiga esta cobardía.

Los enemigos, al paso que se opusieron con tanto empeño á la continuacion de la obra del templo, contempORIZARON en cuanto á la edificación de casas y adquisicion y cultivo de tierras y viñas, si ya no es que de intento les presentaron este cebo de los intereses, para distraerlos de la obra empezada. Ellos en suma abandonaron la edificación de la casa del Señor, y el Señor principió desde luego á castigar este abandono. Mas de cinco años pasaron ocupados únicamente en sus intereses, plantando viñas con empeño y esmero, cultivando los campos con afan y sudor, y no omitiendo trabajo para adquirir y aumentar los bienes terrenos, y mas de cinco años tuvieron el sentimiento de ver sus afanes sin fruto. El pais mas fértil del mundo fué para ellos una tierra estéril. Faltaban las lluvias á los tiempos oportunos, y hasta el cielo escaseaba sus rocios. Sembraban, y su cosecha principal eran lágrimas al ver su miseria. Sin embargo, un estado tan triste y unos castigos tan

visibles no les sacaban de su error, ni les enmendaban. Entonces el Señor, compadecido de su ceguedad y miseria, les envió profetas que les hiciesen conocer el motivo de sus castigos, y les exhortasen á destruirle con la penitencia y la enmienda.

El profeta Aggeo la reprende.

El año segundo del reinado de Darío en Babilonia, habló el profeta Aggeo á los habitantes de Judea y Jerusalem en nombre del Señor, Dios de Israel. El día primero del mes sexto de dicho año vino palabra del Señor por boca del profeta Aggeo á Zorobabel, hijo de Salaciel príncipe de Judá, y á Josué, hijo de Josedec, sumo sacerdote, diciendo : Ese pueblo dice : No ha llegado aun el tiempo de edificar la casa del Señor. ¿ Con qué vosotros teneis tiempo para habitar en casas artesonadas, y mi casa estará desierta? Poned vuestro corazon sobre vuestros caminos (y conoced el motivo de vuestros castigos). Sembrásteis mucho y cogísteis poco; comísteis y no os saciásteis; bebísteis y no os alegrásteis; os cubrísteis, y no os calentásteis; y los que recibísteis precios, los echásteis en saco roto. Esperábais lo mas, y os vino lo menos. Lo encerrásteis en vuestra casa, y yo lo dispé. ¿ Y porqué? Porque mi casa está abandonada. Vosotros os mostrais afanosos; pero es cada uno para su casa. Por este abandono se prohibió á los cielos que diesen agua para vosotros, y á la tierra que produjese fruto. Por esto vino la sequedad sobre la tierra, sobre los montes, sobre el trigo, sobre el vino, sobre el aceite y sobre cuanto produce la tierra; sobre los hombres, sobre las bestias y sobre toda la labor de las manos. Poned vuestros corazones sobre vuestros caminos (contempladlos y abandonadlos). Subid al monte, traed maderas y labrad mi casa. Ella me será agradable, y yo seré glorificado en ella.

Se sigue la obra.

Oyó Zorobabel, hijo de Salaciel, y Josué, hijo de Josedec, y todo el resto del pueblo las palabras del Señor, su Dios, por boca del profeta Aggeo. Y temió el pueblo (que era el culpable, no Zorobabel, ni Josué) el enojo del Señor, y se arrepintió, y pidió perdon al Señor de su mal proceder, y del abandono en que tenia la obra de su santo templo, y resolvió continuarla y no levantar mano hasta concluir-la. Aplacado el Señor con su arrepentimiento y su resolucion de llevar al cabo la obra, les dijo : Yo soy con vosotros : y suscitó el espíritu de Zorobabel y de Josué y tambien el del pueblo, y vinieron á la casa del Señor, y hacian la obra de la casa del Señor, Dios de los ejércitos.

Viene el gobernador de Judea á impedir-la.

Entonces vinieron á ellos Tatanai, gobernador de esta parte del rio, y sus consejeros, y les dijeron : ¿ Quién os ha metido en que edifiqueis esta casa y repareis sus paredes? Nosotros, respondieron Zorobabel, Josué y los ancianos, nosotros somos siervos del Dios del cielo y la tierra, y reedificamos su templo, destruido en castigo de nuestros pecados por Nabucodonosor el Grande, y ordenado su restablecimiento por el magnánimo Ciro, cuya ordenacion se hallará en los archivos de Babilonia. Cuando ellos hablaban así, la uncion del Señor se derramaba sobre sus palabras, y suavizaron tanto el enojo del gobernador y sus consejeros, que no solo convinieron en que se llevase el asunto á Darío, que reinaba al presente en Babilonia, sino tambien en que no se interrumpiese la obra en todo el tiempo que tardase en venir la respuesta. El gobernador Tatanai y sus consejeros escribieron al rey, y su carta estaba así concebida.

Carta al rey Darío.

Al rey Darío toda paz. Sea notorio al rey, que nosotros hemos ido á la provincia de Judea, á la casa del gran Dios que se edifica de piedras toscas, y se sientan maderas sobre las piedras (una fila de madera sobre cada tres de piedra), y esta obra se va haciendo con esmero, y se adelanta por manos de los Judíos. Hemos, pues, preguntado á aquellos ancianos y les hemos dicho : ¿ Quién os ha dado facultad para edificar esta casa? y nos han respondido, diciendo : Nosotros somos siervos del Dios del cielo y de la tierra, y reedificamos un templo que hace ya muchos años que fué edificado por un rey grande de Israel; pero despues que nuestros padres provocaron á ira al Dios del cielo, Dios los entregó en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, el cual los llevó cautivos, y dejó destruida esta casa. Mas Ciro, rey de Babilonia, dió un decreto en el primer año de su reinado para que esta casa de Dios fuese reedificada, y desde aquel tiempo se está edificando, y aun no está concluida. Ahora, pues, si el rey lo tiene á bien, haga que se reconozca en la biblioteca que hay en Babilonia, si es verdad que el rey Ciro mandó que se reedificase la casa de Dios en Jerusalem, y háganos saber el rey sobre esto su real voluntad. Se envió esta carta á Babilonia á Darío, y mientras que venia la resolución del rey, se continuaba trabajando en la obra del templo, segun se habia convenido con el gobernador y su consejo.

Profetiza Aggeo acerca de la venida de Jesucristo.

En este tiempo fué cuando el profeta Aggeo volvió á hablar de parte de Dios. El año segundo del rey Darío, el dia primero del mes sexto habló por primera vez, y

ahora en el sétimo mes el dia veinte y uno, es decir, un mes y veinte y un dias despues volvió á hablar á Zorobabel, á Josué y al resto del pueblo diciendo : ¿ Quién ha quedado de vosotros que viese esta casa en su primera gloria? ¿ Y qué os parece ahora esta? ¿ Acaso no es ella á vuestra vista, como si no fuese? Pues á pesar de esto, vosotros, Zorobabel, Josué y todo el pueblo, tened buen ánimo, y llevad adelante la obra hasta concluir-la, porque esto dice el Señor : Aun falta un poco, y yo conmoveré el cielo, la tierra, el mar y todo el universo. Moveré todas las naciones y vendrá el *Deseado* de todas las gentes. Entonces llenaré esta casa de gloria. (Si quisiera hacerla ahora mas magnífica que la primera) mia es la plata y mio es el oro; (pero sin eso), grande será la gloria de esta última casa, mas que la de la primera.

Uno de los nombres con que se anunció á Jesucristo en el antiguo Testamento fué el de *Deseado* y el de *Deseo*. Jacob le llamó *el Deseo de los collados eternos*, y Aggeo le llama aquí *el Deseado de todas las gentes*. Esta profecía precedió á la venida de Jesucristo cinco siglos, y sin embargo se dice en ella : que aun faltaba un poco para que viniese; porque un poco son cinco siglos comparados con treinta y cinco que habian pasado desde el principio del mundo en que fué prometido, y con los que pasarán hasta su fin, é infinitamente menos, si se compara con la eternidad, en cuya presencia cinco siglos, y aun todos los siglos son como si no fuesen. Tambien se dice, que será grande la gloria de esta última casa, mas que la de la primera, porque la presencia del Hijo de Dios, hecho hombre, la habia de hacer sin comparacion mas grande y gloriosa, que todas las riquezas y sabiduría de Salomon habian hecho á la primera. Y en efecto el Hijo eterno de Dios, hecho hombre, fué presentado y ofrecido por la salud de todo el mundo á los cuarenta dias de su nacimiento temporal en este templo que ahora se estaba edificando; enseñó en él á los doce años á los

doctores de la ley de Moisés la doctrina de la salvacion de todos los hombres, y luego que á los treinta principi6 su predicacion, vino á este templo y arroj6 de él á los que vendian y compraban las victimas en sus atrios, diciendo : Quitad esto de aquí, y la casa de mi Padre no la hagais casa de negociacion. En él dió vista á los ciegos, curó á los cojos y sanó á los enfermos; en él enseñó; en él predicó este Hijo eterno de Dios el reino de Dios su eterno Padre... tal era la gloria que anunciaba el profeta al templo que ahora edificaban; gloria, en cuya comparacion la del templo que edificó Salomon no era mas que una sombra, y gloria en fin, que solo podia compararse con la gloria del templo de la gloria; y con esto animaba el profeta á la continuacion de la obra.

Entretanto que esta se activaba y adelantaba, la carta del gobernador Tatanai fué presentada á Darío, quien mandó que se buscara el decreto de Ciro en la biblioteca de libros que se custodiaban en Babilonia; pero no pudo encontrarse, porque Cambises, hijo de Ciro, y su sucesor en el trono de Media, habia trasladado todos los papeles pertenecientes al reinado de su padre á Ecbatanes, capital de su imperio. Se dió esta noticia á Darío, y luego mandó que se registrara el archivo de Ecbatanes y se halló la pieza auténtica que se buscaba. Se trajo original á Darío; y hé aquí su contenido.

Decreto de Ciro.

Año primero del rey Ciro. El rey Ciro ha decretado : que la casa de Dios que hay en Jerusalem, sea reedificada, en la cual se ofrezcan sacrificios : que se la echen cimientos que sostengan la altura de sesenta codos, y la anchura de sesenta codos, tres hileras de piedras sin labrar, y asimismo hileras de maderas nuevas : que los gastos se suministren de la casa del rey : que, además, se restituyan los vasos de oro y de plata del templo de

Dios que sacó Nabucodonosor del templo de Jerusalem y llevó á Babilonia; y que se vuelvan á Jerusalem, á su lugar, segun estaban colocados en el templo de Dios.

Oyó Darío con mucho placer la lectura de esta ordenacion de Ciro, porque, en efecto, queria bien á los Judíos, como lo vamos á ver. Hizo copiar esta ordenacion, y añadió á los beneficios que ella contenia, tales beneficios, que pareció envidiar los de Ciro y querer superarlos. Remitió á su gobernador Tatanai la copia de la ordenacion de Ciro, y añadió á ella la suya en estos términos :

Decreto de Darío.

Ahora, pues, Tatanai, comandante del territorio de la otra parte del rio, y Starbuzanai y vuestros consejeros, retiraos léjos de los Judíos. Dejad que se haga el templo de Dios por el caudillo de ellos y por sus ancianos, para que edifiquen la casa de Dios. Tambien he ordenado el porte que se debe guardar con aquellos ancianos, que velan en que se edifique la casa de Dios; á saber : que del erario del rey y de los tributos que paga el territorio del otro lado del rio, se suministren á esos hombres puntualmente los gastos para que no pare la obra, y que, si fuere necesario, se les den cada dia becerros, corderos y cabritos para ofrecer holocaustos al Dios del cielo; y trigo, sal, vino y aceite, segun el rito de los sacerdotes que hay en Jerusalem; de modo que no haya la menor queja, y que hagan ofrendas al Dios del cielo, y rueguen por la vida del rey y de sus hijos. Todo esto ha sido decretado por mí. Si se hallase algun hombre que mudase este decreto, se arrancará un madero de su misma casa, se levantará en alto, se le claverá y colgará en él, y su casa quedará confiscada. El Dios que hizo que habitase allí su nombre, disipe todos los reinos y gentes que extendieren su mano para oponerse y para destruir la casa de Dios que está en Jerusalem. Yo Darío he acordado